



Pablo Mourier

Venganzas
sutiles

*Dieciocho historias
de una ciudad caníbal*

BÄRENHAUS

Pablo Mourier

Venganzas *sutiles*

*Dieciocho historias
de una ciudad caníbal*

BÄRENHAUS

A Clementina, Oliverio y Andrea

A Ricardo



Índice

Más negro que amarillo.....	13
Viejos planes.....	17
Héroe.....	27
El otro Funes.....	31
Nunca se sabe.....	35
El juego y el final.....	41
Por algo habrá sido.....	57
La casa.....	61
Nunca es fácil Balvanera.....	71
La vieja y los vecinos.....	75
El Chino y el Hueso.....	85
La vergüenza de la señorita Dughan.....	89
El verdadero amor.....	101
La resurrección de Luis.....	109
El número 7.....	115
Luz.....	121
Cosa de arqueros.....	123
Magdalena.....	129

*“Al igual que yo,
pronto escombros serás”,*
me dijo el Demoledor.

Entonces, entendí que cada ladrillo era una historia que debía ser contada. Podemos toparnos con ellas al doblar una esquina de Monserrat, Balvanera, Retiro, Palermo, o dondeelijamos perdernos. *Venganzas sutiles* se recortan sobre fachadas blancas. Como en un teatro de sombras chinescas, el contraste revela lo que pretendía permanecer oculto. Es nuestra oportunidad de ver, entender y volver a construir. Con esos mismos ladrillos golpeados, arrancados de paredes anchas de orgullo, de historias y de luminosa oscuridad.

Pablo Mourier

La vieja y los vecinos

75

La vieja vivía en condiciones miserables, pero en el barrio todos sabíamos que tenía los dólares encanutados. Mucha plata, más de la que podría gastar mientras permaneciera en este mundo.

Miles de pesos llegaban todos los meses desde los campos del sur, tierras estériles e inhóspitas, pero con el subsuelo inundado de petróleo; más de treinta pozos, según se comentaba. De eso nos habíamos enterado por un empleado infiel, el tesorero del banco al que la petrolera giraba las regalías puntualmente; dinero que ella se apuraba a retirar en efectivo, de una sola vez y después de haberlo cambiado a dólares. La vieja desconfiaba de todo, por eso nunca había aceptado los ofrecimientos para contratar una caja de seguridad, ni siquiera después del frustrado intento de robo cuando regresaba del banco con los dólares escondidos en los calzones. Su empecinamiento en tener la plata consigo era una invitación a ser asaltada; sin embargo, pasaban los años y seguía invicta. En cierto modo, eso nos satisfacía y nos permitía soñar: en algún lugar oscuro y asfixiante, el botín seguía acrecentándose.

La vieja andaba cerca de los noventa años, por eso llamaba la atención que se mantuviera tan activa y decidida; en todo se valía por sí misma. No tenía hijos, nunca se había casado, tampoco se le conocían amigas o familia que la visitara. En realidad, como no se daba con nadie, lo que sabíamos de ella era poco, apenas una imagen construida a partir de pequeños mosaicos de colores: chismes, deslealtades, rencores y fantasías de todos los que la rodeábamos. Y sin embargo, a pesar de tanta precariedad, estábamos convencidos de que la conocíamos bien.

La vieja era fuerte como un roble; nadie había visto entrar a un médico a la casa. Muy de tanto en tanto, ocurría que las persianas de hierro macizo permanecían cerradas; entonces sabíamos que estaba enferma y que habría que esperar siete días, exactamente siete, los contábamos. Al octavo, las persianas volvían a abrirse de par en par, señal de que la vieja había sanado; así de previsibles transcurrían nuestros días.

También los veranos tenían sus rutinas. Por ejemplo, nadie recordaba que alguna vez se hubiera tomado vacaciones, nunca. No es que los demás hiciéramos grandes viajes, pero lo de la vieja era distinto: todos sabíamos que se quedaba en Buenos Aires para no dejar la plata sola. Entre diciembre y marzo, se levantaba temprano y abría las ventanas de par en par para ventilar las habitaciones antes de que el calor apretara, luego subía a la terraza, desenrollaba la manguera y regaba durante horas los grandes baldosones rojos; todos imaginábamos que para ahorrar el gasto de los ventiladores.

Entrar a la casa no era fácil; ya dije que la vieja era desconfiada y rara vez dejaba pasar a alguien. Los muy pocos que habían logrado ir más allá de la pesada puerta de hierro y vidrios de colores contaban historias que luego se exageraban al pasar de boca en boca, alimentando el mito de la fortuna allí escondida. Es que la convivencia había sido difícil desde el mismo momento en que la vieja llegó al barrio, hacía casi setenta años. Desde entonces, hasta los más jóvenes habíamos escuchado la historia del desplante con mi tía Mabel y su bizcochuelo de naranja. ¡Cómo no íbamos a indignarnos!, si Mabel era tan dulce y querida por todos, una chica incapaz de actuar por interés, sin noción alguna de lo que era el cálculo. En aquel entonces yo no había nacido y mi tía Mabel era apenas una adolescente romántica que quería darle la bienvenida a la nueva vecina. Había pasado toda la mañana cocinando un bizcochuelo de naranja, especialidad que todos le reconocíamos y que se reservaba para muy contadas ocasiones. Estaba todavía tibio cuando lo envolvió en papel de seda y corrió entusiasmada hasta la casa de la recién llegada. La atendió con la puerta entreabierta, agradeció con amabilidad pero manteniendo la distancia: prefería no aceptar el regalo. Luego saludó y volvió a encerrarse. Mi tía regresó a casa llorando y se encerró en su cuarto hasta la noche. Desde ese día, todos la odiamos.

Entre los vecinos, la vieja se había ganado fama de avara; un poco porque realmente lo era y mucho porque envidiábamos lo de los pozos petroleros. ¿Por qué debíamos soportar la ostentación de una tilin-

ga que venía a enterrar su riqueza a un barrio de trabajo? Todos esperábamos que gastara, en lo que fuera, pero que gastara; gastar era lo más parecido a repartir parte de esa herencia entre los que estábamos cerca. Ella, en cambio, casi no consumía y no desechaba nada. En la terraza, juntaba todo lo imaginable, acaparaba y ordenaba con obsesiva pulcritud frascos vacíos de mermelada, botellas de plástico, cajas de ravioles, papeles de envoltorios, corchos, lo que fuera. Una vez al año, solo una vez, abría la puerta al cartonero que andaba siempre con el carro y dejaba que se llevara todo a cambio de unos pocos pesos. Mi hermana estallaba:

—¡Decime vos para qué necesita esas monedas; si cuando se muera va a ser tan pobre como todos, vieja avara!

Mi hermana no era la única que pensaba así. Una mañana, el frente de la casa amaneció con un grafiti escrito con aerosol. En grandes letras negras, la pintada decía: “A la tumba no nos llevamos nada”. La vieja no se dio por aludida con el mensaje y nunca hizo blanquear el frente para taparlo.

Fue el primo de un vecino, bombero del cuartel de Parque Patricios, quien contó lo de la montaña de zapatos viejos en un rincón de la terraza, bajo el pequeño alero. Era la madrugada de Año Nuevo, y una cañita voladora había caído entre los cartones resacos apilados, lo que ocasionó un principio de incendio. La vieja intentó apagarlo sola, a puro baldazo entre las llamas; era capaz de cualquier cosa con tal de no pedir auxilio. El fuego cobraba cada vez más

altura, hasta que los vecinos dieron la alarma, temerosos de que se propagara a sus viviendas. Fueron cuarenta minutos de humo espeso y negro, olor a plástico y goma quemados. A decir del asombrado bombero, entre las cenizas de los cartones y las botellas derretidas, había en esa terraza no menos de cincuenta pares de zapatos ruinosos, buena parte de ellos retorcidos por el calor, pura basura desde mucho antes del incendio. La vieja no había tirado nada en casi setenta años.

79

Otros que inventaban historias a sus anchas, de pura bronca porque jamás se iban con una propina, eran los cadetes del mercadito de la vuelta. Ellos lograban pasar la puerta de hierro, pero nunca la cancel; allí dejaban las bolsas en el piso, ya que la vieja prefería cargarlas ella misma hasta la cocina. A través de la segunda puerta, apenas entreabierta, los cadetes juraban haber visto miserias que asombraban.

Insisto en que la vieja se había mudado a la casa siendo muy joven; eso era lo poco que sabíamos con certeza, el resto eran rumores. Se comentaban muchas cosas: que había elegido un barrio alejado donde nadie la conociera, que buscaba iniciar una nueva vida, o que quería dejar atrás un duro desengaño amoroso, huir de la compasión de todos. Una vecina ya fallecida, que de joven había trabajado como empleada en un departamento en Belgrano, aportó un dato vital sobre la vieja: con apenas diecisiete años, vestida de encajes blancos y rodeada de perfumados azahares, había dado pena en una iglesia colmada, esperando a un novio que nunca llegó. Historias tris-

tes como esta nos dividían: mi tía Mabel proponía perdonarla, mi hermana opinaba que la vieja se lo tenía bien merecido y el resto no creíamos en nada.

En todos estos años, los vecinos tuvimos muchas ideas para quedarnos con la plata de la vieja. El plan más audaz y a la vez el más romántico fue seguramente el de Marcos Bellini, un vendedor de seguros largamente jubilado. A pesar de la edad, Bellini mantenía el porte que le había otorgado fama de galán en el barrio; era un hombre seductor y su carisma seguía intacto. Una tarde fría y ventosa de agosto, envuelto en su mejor sobretodo, bufanda y un sombrero de otro tiempo, llamó a la puerta de la casa de la vieja. En su mano derecha sostenía un pequeño ramo de azahares. Cuando ella entreabrió, la llamó por su nombre y solo dijo: "Soy yo, volví". Para sorpresa de todos, la vieja le sonrió con nostalgia, abrió la puerta por completo y lo hizo pasar. Tomaron té y conversaron amablemente de los tiempos jóvenes. Bellini debió exigirse al máximo para que la conversación se mantuviera dentro de las generalidades, no podía entrar en detalles que desconocía, mucho menos inventar las razones de otro por el plantón en la iglesia. Lo hizo con destreza admirable; la profesión lo había entrenado para esconder su interés hasta el momento preciso, ahí donde se obtenían los mejores resultados. Sin embargo, ese instante tan planificado nunca llegó: Bellini no pudo continuar con la farsa, era incapaz de enamorar a una dama con engaños. Rompió en un llanto desconsolado, adujo un malestar repentino y escapó de la casa con ver-

güenza, casi corriendo. Ella lo miró alejarse desde la puerta entreabierta, apagó todas las luces menos la de su cuarto, y tal vez se acostó. Él, en cambio, no pudo dormir; se preguntaba si su codicia no habría duplicado el dolor de una pobre mujer abandonada.

No quiero hacer más larga la historia; una mañana de otoño, las persianas no se abrieron. Al octavo día, tampoco. Antes de las doce, la novedad había corrido de casa en casa, y en tres cuadras a la redonda no se hablaba de otra cosa; el barrio estaba convulsionado en voz baja. A nadie se le ocurría avisar a la policía, pero éramos muchos los que montábamos guardia con disimulo; en algún momento, alguno de nosotros sería vencido por la tentación y se metería en la casa de la vieja muerta para robar un tesoro acrecentado por más de medio siglo.

Todos queríamos lo mismo; por eso, y para evitar que hubiera violencia entre los vecinos, llegamos a un acuerdo acerca de cómo manejarnos. Iríamos el cerrajero, mi tía Mabel y yo. El cerrajero, para burlar puertas y ventanas sin demasiado estropicio; yo, porque había sido el de la idea; y Mabel, por exigencia de los vecinos, como garante de la transparencia de la operación: el botín debía ser dividido en partes iguales entre las quince familias de la cuadra. El plan no tenía misterios: entraríamos a la casa con discreción y respeto por la difunta, buscaríamos el dinero escondido sin romper más que lo necesario y lo repartiríamos de inmediato entre los vecinos. Todos en la cuadra nos juramos mantener en secreto lo que ocurriera aquella noche.

Esa tarde nos encontramos los tres en casa para definir los últimos detalles sin soportar la ansiedad de los demás; ya bastante teníamos con la nuestra. El cerrajero nos explicó cómo se manejaría con las puertas, de manera de no forzar cerraduras ni dejar huellas que nos involucraran; no estábamos dispuestos a compartir el botín con policías ni abogados. Por mi parte, pasé lista a las herramientas que llevaría en el bolso. Probablemente hubiera que levantar parte de los viejos pisos de roble o picar mampostería buscando escondites secretos; las casas antiguas están llenas de rincones donde esconder un tesoro. Cuando cruzamos la calle hacia la casa de la vieja, ya era medianoche.

Entrar fue fácil. A la luz de la linterna, abrimos primero la puerta de hierro y luego la cancel, para ingresar de lleno a esa dimensión prohibida y tantas veces fantaseada. La casa estaba a oscuras, solo encendida la luz del dormitorio de la vieja, que hizo las veces de un imán. Sin poder resistirnos, a pesar del miedo, caminamos los tres juntos hacia el cuarto, por ahora apenas un rectángulo iluminado en medio de la oscuridad; Mabel me apretaba la mano para no escapar corriendo. A medida que nos acercábamos, nuestros corazones latían más fuerte; el momento soñado se nos ofrecía sin resistencia alguna, tan cerca y a la vez tan alejado de cualquier desenlace que hubiéramos imaginado. La vieja estaba acostada en la cama, como dormida, rodeada de miles de dólares prolijamente agrupados en pilas de tres o cuatro fajos, cada uno de ellos con indicaciones anotadas en un papelito. Te-

nía en sus manos una hoja de papel de seda, era una carta manuscrita de exquisita caligrafía. Junto a ella, en la mesa de luz, estaban sus anteojos y un sobre violeta. Tomé la carta con delicadeza, como quien corta una flor tardía. Ante la mirada expectante de mi tía y el cerrajero, empecé a leer en voz alta y como pude:

Bienvenidos todos, los espero desde hace años.

Quiero que sepan que este es un momento muy importante para mí; les pido que se tomen unos minutos para leer con atención estas líneas que me llevó tanto tiempo escribir.

Durante sesenta y nueve años, hice todo lo que estuvo a mi alcance para que esta carta fuera leída recién hoy, ahora que me he ido; les ruego sepan disculpar tan larga descortesía de mi parte, era necesaria.

Más que nada en el mundo, quiero agradecerles haber estado pendientes de mí, siempre; sentí que nunca me abandonaron, no importa la razón por la que haya sido. Como bien dice la pintada en la pared del frente, no nos llevamos nada; dejo entonces a cada uno un pequeño regalo, agradecimiento de despedida.

Además del dinero, dejo a Mabel la casa, porque sé que sin mi desplante de aquella tarde podríamos haber sido buenas amigas. Al apuesto Sr. Bellini, dejo la renta de los pozos del sur, en agradecimiento por la fragancia de los azahares y por haberme enseñado que los que abandonan también lloran.

Finalmente, dejo un sobre violeta con algunas instrucciones simples para mi crematorio, al igual que ciertos detalles religiosos a considerar.

Sé que será fuerte la tentación de burlar este mandato, pero les advierto que los estaré mirando; ya saben de mi tenacidad.

Los saluda amablemente, su vecina

Alicia

84

El cerrajero estaba sentado a los pies de la cama, dándole la espalda a la vieja, cabizbajo entre decenas de fajos de dinero. Mi tía Mabel lloraba de pie y en silencio, con la frente apoyada contra el vidrio de la ventana. A mí, la carta me temblaba en las manos. Entre los tres juntamos los dólares cuidando que los montones no se mezclaran. Guardé el sobre violeta en el bolsillo de la campera y salimos de la casa sin hablar, embargados por una insospechada tristeza. Antes de cerrar la puerta cancel, volvió a mi mente la imagen de la vieja muerta en su cama. Me preguntaba qué íbamos a hacer ahora que nos había abandonado.

BÄRENHAUS
EDITORIAL